

quietas y feas. Para estorbar sus maleficios entra la Religion á disputarles el terreno en el pensamiento, y á darle luz, armonía, orden, sosiego, placidez, rectitud, justicia, bondad y sabiduría, desterrando todos sus adversarios.

#### CAPÍTULO XXVII.

##### *Cuán contrario es el orgullo á la felicidad del pensamiento.*

Para descubrir mas individualmente los beneficios que la religion nos dispensa al intimarnos guerra á las depravadas pasiones, raices de todos nuestros males, demos una ojeada á las que se consideran como fuentes de las demás. Es la primera aquella que hizo caer al abismo la tercera parte de las estrellas del firmamento, convirtiendo su inefable felicidad en desventura eterna é infinita, y al hombre criado en un paraiso de delicias arrojó á una tierra de espinas, en que dominan el dolor y la muerte. Es la soberbia. Atribúyese esta pasion unos derechos que no tiene, pretendiendo honras y otras cosas injustas; por consiguiente hay aquí un desquiciamiento

de la justicia, una suposicion falsa de un mérito que no existe, de unos derechos usurpados; ahora bien, por lo mismo que son usurpados no los reconocen los demás hombres; y esta falta de reconocimiento por parte de otros lastima, hiere y despedaza el ánimo del soberbio. Por manera que busca en sus ilusiones una causa de choque: los demás no las tienen acerca de su persona ó de sus cualidades, y por eso no las honran como él quisiera. Esto le es amargamente sensible, y su vida una cadena de tormentos interiores. En su concepto siempre está desairado, siempre se le niega lo que juzga merecer. En semejante estado no hay para él mas que afliccion y torturas insufribles. Se halla en su corazon un perenne vacío, porque siempre ambiciona, y como anhela lo que no le es dable alcanzar, no lo consigue. Su pensamiento siempre burlado es su verdugo implacable.

Además de estos suplicios internos, como su pasion es transparente, dejándose conocer hasta en las miradas, y consiste en despreciar á otros, en exigirles homenaje mayor del que le deben, y en disputarles el puesto de preferencia, queriéndose colocar en el mas elevado,

sucede que el soberbio con todos está en lucha. De esta lid mas ó menos encubierta se originan las desastrosas consecuencias de toda guerra, las cuales no hay lengua que pueda ponderar bastantemente. Así con sobrada razon dice San Juan Crisóstomo que el orgulloso pretende elevarse sobre todos los otros y que le acontece todo lo contrario; que anhela que se le honre, y por lo mismo se le desprecia; por lo cual llama al orgullo el mayor de los males. Funda el Santo elocuentísimo su asercion en que el soberbio es enemigo de sí mismo, irritándose por cosas de nonada, y tiene por enemigo á todo un Dios.

No es posible imaginar mayor infelicidad. Á fin de librarnos de ella bajó el divino Monarca de su trono de gloria á condenarla con su ejemplo y sus palabras, y prometió á la virtud contraria la bienaventuranza, proclamando en alta voz que los pobres de espíritu, es decir, los humildes, son bienaventurados. Es cierto que las promesas del Señor tienen su verdadero cumplimiento especialmente en los cielos; pero su palabra es fecunda á maravilla y rica en diversas significaciones. Y en cuanto á la que ahora me ocupa, bien pu-

diera asegurarse que tiene una omnimoda plenitud de significado en esta y en la otra vida. Hizo en tan breves palabras un magnífico y profundo panegírico de la humildad, mostrando su extension y grandeza; fué como decir, segun despues han afirmado los Santos Padres, que es el cimiento del celestial edificio de las virtudes, el cual aquí está lleno de gracia y allá arriba estará lleno de gloria. Esta gracia y esta gloria son una dicha inmensa.

Mas prescindiendo de esas elevaciones y sublimidades sobrenaturales de la bienaventuranza de la humildad, considerémosla bajo su aspecto filosófico, ó lo que es lo mismo, por sus dichosos resultados naturales. La humildad es orden, justicia y verdad; orden, porque no usurpa una honra que no le corresponde, y no sale ni pretende salir del lugar que la Providencia le ha señalado; justicia, porque reconoce en Dios el principio de todo bien y le atribuye todo el honor debido, sin exigir de nadie un acatamiento injusto; verdad, porque descubre con ojos penetrantes lo que realmente es el hombre, es decir, nada por sí mismo, lleno de faltas, defectos y culpas mas ó menos graves, y todo por Dios como he-

chura suya y enriquecido por él con toda suerte de beneficios. Ahora bien, donde hay verdad, justicia y orden es necesario que haya paz y bonancible placidez en todo. ¿Qué mayor dicha?

Si el humilde nada exige, ¿con quién ha de chocar? Si considerándose pecador en la presencia de Dios, está persuadido de que merece los mas severos castigos, y por consiguiente los desprecios de los hombres, ¿llevará tan á mal el que se los hagan? Si los Santos humildes los han tenido por regalo ¿qué otra menor causa podrá inquietar al que verdaderamente ama la humildad? Constituida pues el alma por medio de ella en un estado como de dichosa impasibilidad, y reputando por bienes los mismos males con su espíritu de penitencia inseparable de la verdadera humildad, no solamente no provoca lides, sino que se hace en cierta manera invulnerable á toda especie de dardos. ¿Y no es esto suma dicha?

Así la honra del pensamiento humilde nada recela, nada teme. Es tesoro que no necesita ejército de ira que lo defienda; y su gloria está cifrada en la satisfaccion de que el Se-

ñor no se enemiste con ella por levantar demasiado la cabeza desvanecida. Como juzga que nada merece, nada solicita, y no hay mejor medio para gozar interiormente de paz dulcísima. Así como el soberbio, suponiéndose gran cosa, se aísla y se enflaquece sobremedera desmereciendo y apartando de sí el auxilio del Todopoderoso, á quien no se lo pide; el humilde, conociendo que por sí solo nada puede, recurre al Omnipotente y se lo hace suyo. La confianza en Dios y la oracion, que todo lo alcanzan, son hijas de la humildad. Esta pues, que es una verdadera filosofía, gobernando el reino del pensamiento con verdad, justicia y orden, contribuye poderosísimamente á su felicidad envidiable.

#### CAPÍTULO XXVIII.

##### *Angustias en que vive el pensamiento del avaro.*

Solo á una religion divina era dable señalar y proscribir con anatemas, como una de las fuentes de la degradacion moral, á la ava-

ricia apocadora del hombre y envilecedora del corazón. Preséntase esta pasión astuta con una máscara halagüeña, fingiéndose prudencia y prometiendo un porvenir lisonjero. Su lema es: «todo para mañana.» Con este especioso pretexto se cree autorizada, digámoslo claramente, para robar. Y á la verdad que roba á los pobres quien les niega lo que Dios le ha dado para ellos, descomponiendo lo que sabia y misericordiosamente ordenó la Providencia, que hizo al rico para el pobre, y al pobre para el rico, á fin de que socorriéndose con reciproco amor, el uno diese al otro los bienes de la tierra, y en cierto modo recibiese de él los tesoros del cielo. Con tal ordenamiento no abandonó el Señor á los menesterosos, sino que los hizo hijos de los ricos, á cuyo cargo está el mantenerlos. Trastorna la avaricia este magnífico plan de la Providencia, y ella se venga graciosa y admirablemente.

Lo que el avaro niega al desvalido se niega también á sí mismo, privándose del bien, que habia de resultarle de la buena obra de socorrerle, cumpliendo la voluntad divina; y avanzando en esta vía de perdición, cual si se propusiera hacer reinar en el mundo á la mi-

seria, la introduce en su propia casa y en su persona; en una palabra, se convierte en un penitente de Satanás, pues su penitencia, reprobada en el cielo, solo se aprueba en el senado de los espíritus infernales. Sin embargo, en lo exterior no se mortifica tanto como interiormente en la región del pensamiento. Aquí todo es suplicios. No contento con lo que su pasión tiene en sí misma de cruel, llama en su auxilio como nuevos verdugos al miedo tembloroso y lleno de zozobras, á la ambición turbulenta y á otras varias pasiones, que son como otras tantas serpientes hermanas suyas. El miedo no le deja vivir, viendo por todas partes enemigos, que acechan su tesoro: le obliga á una vigilancia extraordinaria, de suerte que su mente está siempre en estado de sitio; hay pensamientos patrullas; hay pensamientos centinelas; hay pensamientos que están toda la noche gritando desvelados «alerta, alerta;» hay pensamientos que hacen oficios de mujeres temblonas, que al menor ruido asoman la cabeza por un resquicio; hay pensamientos que mandan y desmandan como un jefe aturdido por la estrategia y ataques combinados del ejército contrario. En fin, baste

decir que todos ellos están pálidos y apurados y doloridos como mujer parturiente.

En medio de esto (y es cosa muy singular) la ambicion desafia los peligros, y expone á todas las contingencias de quien por mar y por tierra corre á difíciles conquistas. ¡Qué contraste! ¡Pugna terrible entre el miedo y la ambicion! Esta valiente hasta la temeridad, y aquel cobarde hasta la mas negra y vergonzosa pusilanimidad. La avaricia entre estas dos pasiones es como una víctima entre dos verdugos. Su mas viva imagen es aquel rico del Evangelio, que entre las llamas del infierno se abrasaba de sed y no lograba apagarla. Así se abrasa en las llamas de sus deseos vehementísimos, y no se sácia jamás. Ni ellos le dejan un momento de sosiego, ni su sed de oro se apaga nunca.

Nuestro Dios sobremanera misericordioso quiere librarnos de tan afflictiva situacion intimándonos el huir de la avaricia, que se opone atrozmente á la felicidad del pensamiento.

## CAPÍTULO XXIX.

### *De una pasion enemiga de la dicha del pensamiento.*

Continuando mi tarea sobre lo que la religion ha contribuido á la dicha de la mente, obligándonos á la represion de las pasiones perjudiciales, encuéntrome en este camino con la del amor deshonesto, y le llamo así para diferenciarlo del conyugal que Dios bendice. Este es paz, porque lo ordena la ley divina; aquel es guerra, porque la augusta Providencia lo reprueba como opuestísimo á la razon eterna y al bien de la sociedad. Ahora lo que me importa probar es cuánto daña al pensamiento, para que de ahí se deduzca la conveniencia y necesidad de huir de él. ¿Pero qué digo probarlo si una gran parte del género humano es una prueba viva de esta verdad? ¿No lo confiesan, describiendo sus continuas y tenebrosas tempestades, las mil plumas de poetas y novelistas antiguos y modernos? ¿No lo dicen las vidas de muchos hombres y de muchas mujeres célebres? ¿No están de acuer-

do en este punto con los predicadores del Evangelio cuantos han escrito de una ú otra manera acerca de las pasiones? ¿Á qué discurrir mas sobre cosa tan averiguada? Me limitaré pues á presentar uno de tantos testimonios, el de uno de nuestros afamados escritores del siglo de oro de nuestra literatura, el del insigne Fr. Luis de Granada.

En su *Guia de Pecadores*, parte 2.<sup>a</sup>, capítulo 18, dice este elocuente filósofo cristiano: «Veamos esto mismo por otros ejemplos. Pon los ojos en Amon, hijo primogénito de David, el cual, despues que puso los suyos en su hermana Thamar, de tal manera se cegó con estas tinieblas y se prendió con estas cadenas y se affigió con esta hambre, que vino á perder el comer, el beber, el sueño, la salud y caer en cama enfermo con la fuerza de esta pasion. Pues dime: ¿qué tales eran las cadenas de la aficion y aprehension con que estaba su corazon cautivo, pues tal impresion hicieron en la carne y en los mismos humores del cuerpo, que bastaron para causarle tan grande enfermedad? Y porque no pienses que la cura de esta dolencia es alcanzarse lo que se desea; mira bien como quedó mas en-

fermo y mas perdido despues que alcanzó lo que deseaba de lo que estaba antes. Porque muy mayor dice la Escritura que fué el odio con que aborreció despues á la hermana, que el amor que antes le habia tenido. De manera que no quedó con el vicio libre de la pasion; sino trocóla por otra mayor. ¿Pues hay tirano en el mundo que así vuelva y revuelva sus prisioneros, y así les haga tejer y destejer, andar y desandar los mismos caminos?

»Tales pues son todos los que están tiranizados de este vicio, los cuales apenas son señores de sí mismos, pues ni comen, ni beben, ni piensan, ni hablan, ni sueñan sino en él, sin que ni el temor de Dios, ni el ánima, ni la conciencia, ni paraiso, ni infierno, ni muerte, ni juicio, ni aun á veces la misma vida y honra, que ellos tanto aman, sea parte para revocarlos de este camino, ni romper esta cadena. Pues ¿qué diré de los celos de estos, de los temores, de las sospechas y de los sobresaltos y peligros en que andan noche y dia, aventurando las almas y las vidas por estas golosinas? ¿Hay pues tirano en el mundo que así se apodere del cuerpo de su esclavo, como este vicio del corazon? Porque nunca

un esclavo está tan atado al servicio de su señor, que no le queden muchos ratos de día y de noche en que huelgue y entienda en lo que le cumple. Mas tal es este vicio y otros semejantes, que despues que se apoderan del corazon, de tal manera lo prenden y se lo beben todo que apenas le queda al hombre valor, ni habilidad, ni tiempo, ni entendimiento para otra cosa. Por lo cual no en balde dijo el Eclesiástico que las mujeres y el vino robaban el corazon de los sábios: porque cuasi tan alienado queda un hombre con este vicio, por sabio que sea, y tan inhábil para todas las cosas que son propias de hombre, como si hubiese bebido una cuba de vino. Y para significar esto el ingenioso poeta finge de aquella famosa reina Dido, que en el punto que se cegó con la aficion de Eneas, luego desistió de todos los públicos ejercicios y reparos de la ciudad. De manera que ni los muros comenzados iban adelante, ni la juventud ejercitaba las armas, ni los oficiales públicos entendian en fortalecer los puertos, ni en los otros pertrechos necesarios para defension de la patria. Porque este tirano de tal manera dice que prendió todos los sentidos de esta

mujer, que para todo quedó inhábil, sino solo para aquel cuidado, el cual cuanto mas se apoderó del corazon tanto menos le dejó de valor para todo lo demás. ¡Oh vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos, y comun pestilencia del género humano!»

Con igual vehemencia se expresan pintando con muy negros colores su atormentadora tirania cuantos han hablado de esta pasion, enemiga terrible de la felicidad del pensamiento.

#### CAPÍTULO XXX.

*Se prueba que la ira es una gran calamidad para el pensamiento.*

En buenos autores se encuentran varias descripciones brillantes de la ira. No las copiaré, ni haré otra nueva, porque es cosa muy sabida que no se describe bien aquello, en cuya consideracion se siente uno frio; y ahora

lo estoy con respecto á la ira, pues gracias á Dios no tengo motivo para que me ardan de coraje las venas, aunque por haberme enfadado otras veces tenga que pedir perdon al divino Juez de vivos y de muertos. Así no la pintaré en su estado febril, ni cuando convierte al hombre en un leon, como dice el incomparable San Juan Crisóstomo. Me hallo lánguido, y lo poco que de ella haya de hablar, lo haré lánguidamente. Lejos de mí por tanto la idea de sus hervores fulminantes, de su impetuosidad ciega y de los terribles males que acarrea tanto en los palacios, donde suele engendrar la guerra devastadora de pueblos y naciones, como en las casas de pobres ciudadanos, donde roba lo mas precioso, que es la paz, tanto en los matrimonios, donde se opone á los fines de la divina Providencia, como entre los niños, cuyas manos mueve para aporrearse unos á otros desatinadamente.

Lo único que yo sé es que la mujer mas hermosa cuando se aira se pone fea. Si en aquel acto se mirára al espejo, cierto que se calmara su furor para no parecer tan mal, ó apartaria los ojos del retrato que el espejo le presentaba. Y si esto hace la ira con las her-

mosas ¿qué no hará con las que no lo sean? ¿Qué no hará con las carantoñas? ¿Qué no hará con la parte del género humano que no pertenece al bello sexo? ¿Qué no hará con los de huesos largos, arrugas y formidables bigotes? ¿Y á quién le gusta estar feo? Pero esta descomposicion del rostro no es mas que un indicio y una señal del trastorno calenturiento del ánimo.

Ira y tempestad en el pensamiento son una misma cosa. ¡Ay pobre pensamiento!... Su luz se apaga: la reemplaza negra humareda de incendio. Él se convierte en un torbellino, tiene la actividad del fuego, y sin embargo está enfermo. Frenesí es el nombre de su enfermedad. En tan deplorable situacion ya se entiende que seria en vano el nombrar á la felicidad sino era para lamentar su ausencia y su derrota.

La ira sigue la misma marcha que la calentura; primero, encendido, luego pos-tracion. Esta proviene del reconocimiento de haberse perturbado la razon y de haberse manifestado dicha perturbacion por algun exceso en las palabras proferidas, en los movimientos y ademanes iracundos ó en las reso-



luciones tomadas durante la efervescencia: avergüenzase el hombre de haber comparecido á los ojos de otros como insensato ó al menos como ligero, como de poco peso, como imprudente, como irreflexivo; y este sentimiento humilla y aflige porque lastima el amor propio.

Hay además otra causa de humillacion y abatimiento y hasta de rabiosa desesperacion en la ira, y es su impotencia para desahogarse, para estallar conforme lo desea, para acabar con el objeto que la provoca. En sus primeros arrebatos aspira á una venganza terrible; y comunmente aspira en vano. El hombre está sujeto por mil consideraciones y por mil lazos, que felizmente le atan y le impiden precipitarse adonde le impele esa pasion feroz: romperlos seria peor y muchas veces casi imposible, aun prescindiendo de la conciencia, que siempre debe ser la directora; pero de aquí resulta la necesidad de amainar, y esto, por lo mismo que es forzoso, duele.

En todas estas batallas de la ira, en todos estos altibajos y vueltas y revueltas el pensamiento no hace mas que padecer. Es verdugo y víctima al mismo tiempo; y la religion al mandararle que no se aire es la conservadora

de su apacible sosiego, de su risueña placidez y de su tranquila y dulce felicidad.

### CAPÍTULO XXXI.

#### *Observaciones sobre cierta relacion del cuerpo con el espíritu.*

No parece sino que nuestra divina Religion hubiese tenido por mira principalísima el ennoblecere al hombre bajo todos conceptos: tanto es lo que atiende á conservar y enaltecer su dignidad, prohibiéndole cuanto pueda degradarla. Así le tiene como de la mano para que no caiga en un abismo de envilecimiento al mandararle que no se deje llevar del apetito desordenado de comer ó de beber, pasion que designa lacónicamente con el nombre de gula. Para indicar cuánto daña esta al espíritu ó al pensamiento, basta recordar que al que subyuga le da cierta semejanza con los brutos, pues bajo su tiránico imperio se impone silencio á la razon angustiada.

Trato ahora de la felicidad del pensamiento, y lo que por ella entiendo se habrá ya columbrado por el discurso de esta obra. ¿Y